

De la literatura a la praxis médica: relatos patográficos del amor insano¹

From Literature to Medical Practice: Pathographical Accounts of Unhealthy Love

ANA ISABEL MARTÍN FERREIRA

CRISTINA DE LA ROSA CUBO

Universidad de Valladolid

España

anaisabel.martin.ferreira@uva.es

cristina.delarosa@uva.es

(Recibido: 01-09-2024;
aceptado: 12-04-2025)

Resumen. En este trabajo analizamos la descripción de dos casos de *aegritudo amoris* incluidos en las *Curationum medicinalium centuriae septem* de Amato Lusitano (1511-1568). Teniendo en cuenta la tradición literaria, en general, y especialmente la literatura médica antigua y medieval, el autor portugués somete las fuentes a una profunda revisión, desde el punto de vista lingüístico y también desde el punto de vista de la praxis médica, y aprovecha para realizar una sutil crítica social a la realidad de su tiempo.

Palabras clave: Amato Lusitano; amor insanus; Medicina y Literatura.

Abstract. This paper analyzes the description of two clinical cases about the so-called *aegritudo amoris* included by Amatus Lusitanus (1511-1568) in his treatise *Curationum medicinalium Centuriae septem*. Considering the literary tradition in general and specifically antique and medieval medical literature, the Portuguese author thoroughly revisits previous literary sources in terms of linguistics and medical practice, while at the same time, he subtly criticizes the society of his time.

Keywords: Amatus Lusitanus; amor insanus; Medicine and Literature.

¹ Para citar este artículo: Martín Ferreira, A. y de la Rosa Cubo, C. (2025). De la literatura a la praxis médica: relatos patográficos del amor insano. *Álabe* 32. DOI: 10.25115/álabe32.10088

1. Introducción: *aegritudo amoris*. El nacimiento de una enfermedad

Hipócrates en sus tratados no estudió como tal la enfermedad amorosa, pero su teoría de los cuatro humores, base de la medicina desde la Antigüedad al Renacimiento, influyó en la concepción de la *aegritudo amoris*. En ella se produjo la síntesis de esta base médica con elementos procedentes de la tradición literaria, referidos principalmente a la sintomatología, entre los que destaca el famoso poema de Safo dedicado a describir los efectos del amor. La poetisa griega es el ejemplo paradigmático al que pueden añadirse, desde Homero, otros como Eurípides, Alcmán o Apolonio de Rodas, etc. en la tradición griega, y Plauto, Lucrecio, Catulo, Virgilio, los elegíacos y Ovidio, principalmente, en la tradición latina.

Aristóteles con su sistema de filosofía natural dio forma científica a la doctrina de la enfermedad del amor y, tras él, este motivo fue objeto de estudio por parte de otros escritores, con Galeno a la cabeza, que retoma esta tradición médico-filosófica (López Férrez, 2020). Después fueron los médicos bizantinos Oribasio (ca. 320-400 d.C.) y Pablo de Egina (s. VII) los que dotaron de una base científica a estos síntomas de la pasión descritos por los poetas y esta doctrina pasó a los médicos del Medievo, árabes y latinos, que ya dedicaron secciones de sus obras al estudio de la enfermedad amorosa, cuyos síntomas se asocian al exceso de humor melancólico. Pensamos en los autores de la Escuela Médica Salernitana, con Constantino el Africano († 1087), precursor y pionero por su labor de traductor, y después en Arnaldo de Vilanova (ca. 1240-1311), por poner dos ejemplos significativos. Cuando se desborda la melancolía, sus efectos colocan al paciente al borde de la locura y de los actos irracionales en general (Nardi, 1959; Ciavolella, 1976, y Whack, 1990).

Junto a esta tradición médico-científica se fue desarrollando asimismo a lo largo de los siglos otra tradición paralela de carácter literario, que también tuvo en los poetas greco-latinos el punto de partida. Estas dos corrientes siguieron su desarrollo independiente, pero a partir del siglo I d. C. se fueron complementando e influyendo mutuamente hasta alcanzar su punto álgido en la Edad Media, con la obra de Andrés el Capellán como ejemplo destacado. Puede decirse que, con mayor o menor base en la tradición médico-científica, el amor es un tema literario omnipresente en la literatura greolatina, y más el mal de amores, con extraordinaria proyección en la literatura europea de todas las épocas (Morros, 1999 y Lacarra, 2015), incluida la científica médica.

2. Los casos de “enfermos de amor” en Amato Lusitano

Como gran narrador de historias clínicas, a Amato Lusitano (1511-1569)² tampoco se le oculta el mal de amores. Nuestro objetivo es examinar las dos *curationes* que se

² Sobre la vida y obra de este médico judío portugués, nos remitimos a la cronología y bibliografía publicadas por Blanco (2019). En la actualidad estamos editando críticamente y traduciendo al castellano los setecientos caso

ocupan de ello en el conjunto de sus siete *Centurias de casos clínicos*: la número 56 del volumen tercero y la 84 del quinto. Ambas aparecen reunidas bajo la rúbrica *De amore insano* en el índice temático de la edición de Burdeos de 1620, y, aunque en apariencia tratan de lo mismo, sin embargo relatan casos que reciben un tratamiento muy diferente, como veremos.

2.1. Locos de amor, los pacientes de la *curatio* 3.56

En este caso cuenta el Lusitano la historia “de un joven judío de Tesalónica preso de amor por una muchacha judía”, que estaba a punto de volverse loco por tal motivo. Amato prescribe al paciente un régimen alimenticio adecuado para los enfermos de melancolía, le receta un jarabe de eléboro compuesto por él y unas píldoras de lapislázuli para purgarlo. Pero, antes de que pudiera completar el tratamiento, el joven entró de noche en casa de la muchacha provisto de cuerdas a través de una ventana, y, al encontrarse con los parientes de ella dentro de la estancia, la emprendió a puñetazos, estos llamaron al jefe de la guardia, el joven fue apresado y, tras pasar unos días en la cárcel, volvió a la cordura. Fin de la historia:

Iuvenis Thessalonicensis, Hebraeus puellae Hebraeae amore captus, ita eam deperiebat ut brevi in insaniam devenerit. Huius igitur nos curam suscipientes, optimo victus ordine prout atra bile affectis convenit constituto, illi ex elleboro syrupum a nobis compositum saepe ad humoris praeparationem dabamus. At cum nocte quadam ex lapide cyaneo stellato dicto catapotis eum purgare decreveramus, hic puellae domum pervenit, quam chordis dispositis per fenestram intravit, ubi puellae parentes inveniens eos pugnis pessime affecit. Sed illico convocato principe satellitum in carcerem fuit ductus, ubi obstrusus per aliquot dies resipuit et mente constans factus est.

(Un joven judío de Tesalónica, preso de amor por una muchacha judía, hasta tal punto se moría por ella que en breve enloqueció. Así que asumimos su tratamiento y tras fijar una dieta apropiada, como conviene a los enfermos de melancolía, le dimos un jarabe de eléboro compuesto por nosotros para preparar el humor. Mas cuando una noche habíamos decidido purgarlo con píldoras de lapislázuli, el llamado estrellado, este se presentó en casa de la muchacha, a la cual entró por la ventana sirviéndose de unas cuerdas, y donde, al encontrarse a los padres de la muchacha, la emprendió a puñetazos de mala manera. Pero, tras llamar de inmediato al jefe de los guardias, fue conducido a la cárcel, donde, retenido a la fuerza durante algunos días, recuperó la cordura y volvió a estar en sus cabales).

Si obviamos las notas casi humorísticas del caso, pues es el calabozo el que realmente surte el efecto curativo en el mozo, lo cierto es que Amato decide aplicar una terapia destinada a los enfermos de melancolía, en consonancia con lo que hemos visto en las

clínicos de las *Curationum medicinalium centuriae septem* de João Rodrigues de Castelo Branco, más conocido como Amato Lusitano; por esta edición citamos, y las traducciones, salvo indicación contraria, son nuestras:

líneas anteriores, para intentar corregir el desequilibrio atrabiliario que está en el origen de la afección. Amato no pudo completar el tratamiento con la purga prevista, pero tampoco se detiene mucho en el caso principal de esta historia, cuyo resultado final, el éxito terapéutico, no se debió a la actuación del médico en última instancia.

2.2. El escolio: la cuestión del nombre, la tradición literaria y dos casos más

Es habitual que el médico portugués presente primero la historia y a continuación unos escolios, en los cuales aporta la notas eruditas sobre el tema tratado o algunos otros concomitantes. En esta ocasión divide el comentario en tres partes: primero analiza una cuestión léxica que resulta muy interesante, luego menciona sus fuentes de referencia y, por último, aporta dos casos más extraídos de su propia experiencia:

“Ἐπὼς Romanis amor est, unde morbus hic amoris dicitur. Practicarum vero auctores morbum heroos hunc appellare solent et quod magis ridendum est, quod ad Germanos deveniant pro huius nominis interpretatione, quia Germani ‘Herren’ sua voce ‘dominum’ vocant a Latino ‘herus’ et, quia magnates et domini potissimum hoc morbo detineantur, ab ea voce morbum denominationem trahere contendunt. Sed eos quoque cum sua insania relinquere satius est.

Hunc ceterum morbum Avicenna in prima libri tertii sui *Canonis* tractatus quinti, capite vigesimoquarto, ‘ischium’ appellat, quo in capite eius percurrit curationem. Porro Paulus Aegineta, libro tertio suae *Medicinae* capite septimodecimo, accuratissime amantium affectiones et depingit et curat. Sed quomodo Erasistratus, ut Galenus refert libro *De praecognitione* vel Hippocrates –ut alii dicunt– iuvenis amorem erga patris pellicem deprehenderit, meminit Galenus praedicto libro capite sexto, in quo, quomodo quoque ipse mulierem Pyladis amore captam esse coniecit, exacte exponit.

Ceterum memini me in agro Eborensi apud Lusitanos puellam iuvenem nobilem amantem deperiisse et in insaniam devenisse. Non minus superioribus diebus filia Benaheni mercatoris, cum ab eius patre eam esse nuptam expositum esset ac postea eius loco soror locata esset, in insaniam devenit. Quae hodie quoque insana perseverat; nata autem puella haec est semibracchio dextro tantum, cetera omnia membra perfecta habens.

(Ἐπὼς para los romanos es el amor, por lo que esta enfermedad se llama ‘del amor’. Pero los autores de prácticas suelen llamar a esta enfermedad ‘morbo heroico’ y, lo que es aún más ridículo, recurren a los alemanes para la interpretación del nombre, en la idea de que los alemanes en su lengua llaman al amo ‘Herren’, a partir del latín *herus* y, porque sobre todo magnates y potentados se ven afectados por esta enfermedad, sostienen que de esta palabra ha tomado el nombre la enfermedad. Pero es mejor dejar a cada loco con su tema.

Por lo demás, a esta enfermedad Avicenna en el Canon 3.1.4.24 la llama *ischium* y en ese capítulo revisa su curación. Además, Pablo de Egipto en Medicina 3.17, con muchísimo detalle describe y se ocupa de las enfermedades de los amantes. Pero cómo Erasístrato, según cuenta Galeno en *El pronóstico*, o Hipócrates, según dicen otros, descubrió el amor de un joven por la amante de su padre, lo recuerda

Galeno en el capítulo 6 del citado libro, en donde expone con todo detalle cómo el mismo también supuso que una mujer era presa de amor por Pílates.

Por lo demás, me acuerdo de que una joven noble en la región de Évora, en Portugal, se moría de amor por su amado y se volvió loca. También hace unos días la hija del mercader Benaheno, como su padre le comunicó que había sido desposada y luego en su lugar fue entregada en matrimonio la hermana, se volvió loca. Aún hoy también prosigue loca; ahora bien, esta muchacha nació solo con medio brazo derecho, con todos los demás miembros perfectos).

2.2.1. La cuestión del nombre

Amato suele mostrar su gusto por indagar en las voces médicas y la presente ocasión no es para menos; empieza por el griego explicando que ἔρως es *amor* para los romanos, de ahí que esta enfermedad se llame ‘del amor’. Pero los autores de las *Prácticas* medievales lo suelen llamar *morbis hereos* y lo más ridículo del caso, en palabras de Amato, es que como en latín *herus* es ‘señor’, en alemán *Herr*, esta enfermedad se ha entendido como la ‘enfermedad de los señores’, en la idea de que magnates y potentados son los principales pacientes afectados por ella.

Se trata de una deformación léxica, una atracción paronímica, para la que se ha encontrado una explicación *ad hoc*, por ignorancia del griego. El inicio de la confusión lo atribuye Amato a los autores de las *Prácticas* medievales, donde es muy frecuente encontrar la deformación de ἔρως por ἥρως y aludir a la enfermedad como *morbis heroicus*, y sus variantes *hereos* o *hereosus*, *heroticus*, nacidas tras añadirle de manera postiza la letra ‘h’, procedente del espíritu áspero del griego (DILAGE, s.v. *hereos vel eros*).

Deformado el término, se usó para referirse a una enfermedad que supuestamente solo afectaba a los grandes señores, quizá porque, como consecuencia de esta obsesión por la amada, el ‘dueño’ pasaba a convertirse en ‘esclavo’. Arnaldo de Villanova consagró esta falsa etimología en su tratado titulado precisamente *De morbo heroico*: “*Dicitur autem amor heroicus quasi dominialis, non quia solum accidit dominis, sed ... quia dominatur subiciendo animam et cordi hominis imperando*” (her. 50,22)³, aunque esta terminología ya había sido empleada por Constantino el Africano en sus traducciones del *Pantegni* y del *Viaticum*.

Amato concluye que hay que dejar a “cada loco con su tema” (“*Sed eos quoque cum sua insania relinquere satius est*”) e indica que Avicena llamó en su lengua *ischium* a la enfermedad del amor, con la misma palabra que también significa ‘amor’, en el capítulo vigésimo cuarto fen prima, libro tercero, capítulo décimo séptimo del *Canon*. El Lusitano traslada así el árabe ‘*isq*’ (*alash* en la traducción latina de Gerardo de Cremona), que en la edición de Alpagó (Venecia 1527) aparece latinizado como *ilisci*. Además confunde la localización de la cita, puesto que se encuentra en el libro tercero, pero en el tratado cuarto, capítulo 22, bajo el título *De ilisci*; Avicena es el artífice de una concisa definición,

³ Esto es: “Se dice *amor heroico* casi como ‘dominante’, no porque solo les suceda a los dueños y señores, sino ... porque domina sometiendo el alma y mandando sobre el corazón del hombre”.

que seguirán después muchos otros autores médicos: “*Hec egritudo est sollicitudo melancholica similis melancholie*” (“esta enfermedad es una inquietud melancólica similar a la melancolía”). En el capítulo siguiente Avicena se ocupa de la cura y vuelve a insistir en que lo que el paciente tiene no es sino una ‘angustia o inquietud melancólica’: *illud quod habet non est nisi sollicitudo melancholica*. Y por lo tanto los que la padecen deben seguir el mismo régimen que los que padecen de manía y melancolía (“*Et fortasse necessarium erit ut isti regantur regimine habentium melancholiam et maniam et alcutubut*”).

Es curioso comprobar cómo esta confusión en el traslado del arabismo por parte de Amato iba a dejar huella tiempo después en su compatriota Zacuto Lusitano (1575-1642), también médico judío, que lo sigue al pie de la letra en su *Praxis Historiarum*, concretamente en el libro I, dedicado a las enfermedades de la cabeza. En este pasaje, Zacuto, ‘rizando el rizo’, trata de justificar, también por la vía de los parecidos razonables entre las palabras, el término *ischium* utilizado por Amato, y, sin tener en cuenta que es la traslación de un arabismo, ofrece dos explicaciones para lo que él supone un helenismo: una a partir del sustantivo griego ἰσχίον (la parte carnosa alrededor de las caderas, las ancas) y otra a partir del verbo ἰσχνόω; de nuevo estamos ante un caso de atracción paronímica. En el primer supuesto se trata de la palabra que significa en latín *femur* o *lumbus*⁴, porque –así lo justifica él– lo que desean los amantes es “guardar muslo con muslo”; en el segundo lo emparenta con el verbo que tiene como equivalente latino *attenuare* y *arefacere*, y tampoco le parece mal encaminado porque quienes enloquecen por amor se consumen y extenuan por completo:

Legi qui scribunt hunc morbum ab Avicenna 3 I tract. 4 cap. 24 *ischion* vocari. Graeca haec vox, quae significat *crus* et *coxendicem* ac *nervum*, qui eam femori committit, sive *ischis*, quae *lumbum* significat. Cur autem? Quia femori conservisse femur desiderium est amantium, sive potius amatorum. Vel si derives hoc vocabulum a verbo Graeco ἰσχνόω, quod est *attenuare* et *arefacere*, non errabis, qui enim sic amore insaniunt macie consumuntur.

Zacuto, fol. 212b

(He leído a los que escriben que esta enfermedad Avicena la llama *ischion* [libro 3, tratado 1, capítulo 24]. Esta palabra griega, que significa ‘pierna’ y ‘cadera’ y ‘parte carnosa’, que se une al fémur, o bien *ischis*, que significa ‘lomo’. ¿Por qué? Porque proteger muslo con muslo es el deseo de los amantes, o más bien de los amados. Y si haces derivar este vocablo del griego ἰσχνόω, que es ‘atenuar’ y ‘secar’, no te equivocarás, pues quienes así enloquecen de amor se consumen de extenuación).

Dejando la cuestión terminológica a un lado, y de vuelta al texto de Amato, nuestro médico, al que probablemente no le importaba tanto el nombre como la definición de Avicena, remite a continuación en su esolío a las fuentes principales para el tratamiento de lo que él prefiere llamar *amantium affectiones* (“enfermedades de los que aman”).

⁴ *Femur* suele relacionarse con el sexo cuando no designa incluso los genitales a lo largo de la tradición médica escrita en latín; otro tanto cabe decir de *lumbus*, desde la etimología isidoriana que lo une a la lascivia, por no hablar de las referencias y connotaciones que ambos términos tienen en los poetas; Cf. DILAGE, s.v.

Comienza mencionando a Pablo de Egina, que “describe y cura las enfermedades de los amantes con gran exactitud y esmero”, *acuratissime* en palabras del médico portugués, en el libro tercero, capítulo capítulo 17 de su obra, donde enlazaba, por cierto, con los capítulos anteriores de su obra dedicados a afectos melancólicos. El título del capítulo del médico bizantino, en consonancia con las palabras de Amato, no remite a una enfermedad con nombre propio, sino que es simplemente *De amantibus*⁵:

2.2.2. Pablo de Egina

En efecto, el capítulo citado del egineta no remite a una enfermedad con nombre propio, sino que se titula simplemente *Los amantes (De amantibus)*, porque se detiene especialmente en los síntomas sufridos por los que aman y se muestran tristes, ojerosos, no comen, no duermen, descuidan su aseo, etc.:

Amores cerebri affectionibus annumerare, cum sint quaedam curae, haud fuerit absurdum. Cura vero affectus est animi, ratiocinatione in motu laborioso occupata. Hae sequaces amantium sunt notae: oculi concavi non illachrymant, sed tanquam voluptate pleni apparent, continens palpebrarum motus, et cum reliquae corporis partes non collabuntur solae hae amantibus concidunt. Pulsus ipsorum proprie nullus est, ut quidam opinati sunt, verum qualis eorum deprehenditur, qui cura conficiuntur. Cum vero res amata in mentem ipsis vel auditu vel visu et praeertim repente venerit, tunc pulsus animo turbato contingit immutari, neque naturalem aequalitatem neque ordinem retinere. Hos igitur et tristes et vigiliis torsos; nonnulli, qui dispositionem ignorarent, nullo balnei usu, solitudine et tenui victu consumpserunt. In quibus sapientiores cum amantem deprehendunt, ad balnea, computationem, gestationem, ludos fabulasque animum abducunt; nonnullis metum incutere convenit, nam qui amoris semper indulgent, iis difficulter abigi potest affectio. Quidam igitur obiurgandi sunt ex ratione vitae quam singuli delegerint. In universum mens ad alias curas abducenda est.

Egina, *De re medica*, III, Cap. XVII

(No sería absurdo enumerar el amor entre las afecciones del cerebro, puesto que es una especie de preocupación⁶. La preocupación es una afección anímica, con el raciocinio ocupado en una fatigosa agitación. Estos son los signos que acompañan a los amantes: los ojos hundidos no lagrimean, sino que se muestran como llenos de deseo, deteniendo el movimiento de los párpados y, cuando no se derrumban las partes restantes del cuerpo, solo estos se les caen a los amantes. No existe un pulso exclusivo de ellos, como algunos opinan, sino el propio que se percibe en quienes se consumen por la preocupación. Cuando el objeto de su amor se les viene a la mente o se les presenta ante el oído o la vista y sobre todo de repente, entonces sucede que el pulso se transforma por la turbación anímica

⁵ Así aparece en la traducción de la obra del médico bizantino hecha por Günter von Andernach que sigue nuestro autor.

⁶ Literalmente *cura* es *cuidado*, en el sentido de *cuidado* en los versos de Quevedo que reproducimos a continuación.

y no guarda su regularidad y orden natural. Efectivamente, estos parecen tristes y abatidos por el insomnio; algunos, como ignoran su estado de salud, sin bañarse, se han visto minados por la soledad y la alimentación escasa. En estos casos los más sabios, cuando detectan al amante, lo distraen con baños, convites, excursiones, juegos y recitales; a algunos conviene asustarlos, pues para quienes se abandonan siempre al amor, es difícil librarse de esta afección. Efectivamente, algunos tienen que ser reprendidos en virtud de la vida que cada cual haya elegido. En general hay que distraer la mente hacia otras preocupaciones).

El médico bizantino convence al Lusitano por su concisión y tal vez por sus dosis de realismo, sin entrar en nombres pomposos, para lo que considera un *affectus animi*. La soledad, el abandono y la preocupación de los amantes definen en general los síntomas del amor, versificados por Quevedo algunos de ellos:

Es hielo abrasador, es fuego helado,
es herida que duele y no se siente,
es un soñado bien, un mal presente,
es un breve descanso muy cansado.

Es un descuido que nos da cuidado,
un cobarde con nombre de valiente,
un andar solitario entre la gente,
un amar solamente ser amado.

Es una libertad encarcelada,
que dura hasta el postrero paroxismo;
enfermedad que crece si es curada.

Quevedo, *Poesía varia*, p. 491

Los *amores* son *cerebri affectiones* para las que no se contemplan tratamientos farmacológicos en el texto del egineta; el mejor remedio para quien “se abandona al amor” es que se distraiga y tenga la mente ocupada en otra cosa.

2.2.3. La cuestión de los pulsos. Del tópico a Galeno

Tanto Avicena como Pablo de Egineta aluden en sus textos a la alteración del pulso que sufren los enamorados, cuando se presenta o se menciona de repente el objeto de su amor. Pero en esta cuestión el Lusitano va a la fuente principal, pues es Galeno el que expone con precisión (*exacte*) cómo descubrir al enamorado a través del examen de los pulsos, aunque Amato no menciona por ninguna parte la palabra ‘pulso’:

Pero cómo Erasístrato, según cuenta Galeno en *El pronóstico*, o Hipócrates, según dicen otros, descubrió el amor de un joven por la amante de su padre, lo recuerda Galeno en el capítulo 6 del citado libro, en donde expone con todo detalle cómo el mismo también supuso que una mujer era presa de amor por Pílates.

De este modo, sin describirlo, nos remite el portugués a un método que se reveló como eficaz para descubrir las alteraciones del amor a lo largo de numerosos testimonios transmitidos, con ligeras variantes, desde la Antigüedad al Medievo, desde las fuentes médicas a las literarias, y es la comprobación por el pulso de los síntomas del enamoramiento (Morros, 1999).

El origen de la anécdota, según cuentan Plutarco y Apiano está en Erasístrato, médico del príncipe Antíoco, hijo del rey Seleuco, casado en segundas nupcias con Estratonice. El joven se había enamorado de su madrastra y aparentemente enfermó; postrado en cama se negaba a comer, languidecía, etc. El médico no acertaba con el diagnóstico y solo advirtió una alteración significativa en el estado general del paciente, y en el pulso de modo particular, en presencia de la mujer. Valerio Máximo en sus *Dicta et facta memorabilia* (7,7,1) modifica ligeramente esta anécdota y es el médico bizantino Sorano el que atribuye un diagnóstico parecido a Hipócrates, en la biografía que escribió del médico de Cos. Únicamente cambian los protagonistas y el lugar de la historia.

Pero a Amato no le interesan estas versiones tanto como subrayar la precisión de Galeno y su praxis clínica; por otra parte, tampoco al médico de Pérgamo le importaba el precedente de Erasístrato, sino su propia experiencia (dice Galeno a Póstumo, el destinatario de su escrito: “yo no puedo decir cómo lo descubrió Erasístrato; pero te contaré cómo me di cuenta yo mismo”). Esta es la actitud que comparte Amato con Galeno, que cuenta lo que él mismo ha experimentado (no leído) y descubre el amor no en un hombre, sino en una mujer.

El texto de Galeno que el Lusitano menciona se encuentra en el tratado-epístola *De praenotione ad Posthumum* (Kühn, 1964-1965, vol. XIV: 630-633) y en él describe cómo resolvió el caso de una matrona romana a la que visita y encuentra postrada, dando vueltas sin parar en la cama, con la ropa descompuesta, insomne, sin fiebre, que se niega a responder sobre los motivos que le quitan el sueño y que Galeno sospecha se deben a una alteración melancólica del ánimo o a una suerte de tristeza. Acude a verla varias veces, la paciente no lo recibe, y entonces pensó que se encontraba ante un caso semejante al que le había sucedido a Erasístrato. Convencido de que no le pasaba nada físico sino psíquico (μηδὲν εἶναι κατὰ τὸ σῶμα πάθος, ἀλλὰ ἀπὸ ψυχικῆς) sucedió que, casualmente, cuando él estaba pasando visita, alguien anunció que había visto la actuación del bailarín Pílates en el teatro. Entonces a la mujer se le mudó el color de la cara y el médico percibió además la alteración del pulso y su agitación. Al día siguiente hizo una prueba: anunció que el bailarín era otro y no sucedió nada, el pulso no se alteró, solo volvió a suceder al mencionar al tal Pílates, de donde pudo deducir que la mujer lo amaba.

Lo que las fuentes suelen silenciar, y Amato también, es que Galeno contaba a renglón seguido (Kühn, 1964-1965, vol. XIV: 635) que lo mismo le sucedió con el caso

del administrador de un hombre rico que enfermó, porque no le cuadraban las cuentas domésticas. También se alteraba el pulso en dichas circunstancias. Pero cuando se descubrió que la culpa no era suya, y que ya no tendría que rendir cuentas al amo, de repente se le estabilizó y mejoró. Galeno aprovecha estas historias para criticar a los médicos que no advirtieron estos males, al no darse cuenta de que el cuerpo sufre por los afectos del alma. Y lo más interesante es que concluye que el pulso es, en efecto, indicio de ello, pero su alteración no se debe en exclusiva a los efectos del amor, sino que puede deberse a cualquier otro padecimiento anímico. Si volvemos sobre el texto de Pablo de Egina, también subrayaba el bizantino que la alteración del pulso no es algo exclusivo del amor, como opinan algunos (*Pulsus ipsorum proprie nullus est, ut quidam opinati sunt*). Esto tal vez explica, desde nuestro punto de vista, el hecho de que Amato silencie la cuestión de los pulsos cuando se refiere las famosas anécdotas protagonizadas por Erasístrato, según unas versiones, por Hipócrates según otras.

2.2.4. La experiencia personal: dos casos más

Lo importante para Amato es que Galeno había aprovechado el tema para recordar su experiencia personal (dice Amato *meminit Galenus*) y él decide cerrar el escolio añadiendo sus propios conocimientos (utiliza el mismo verbo: *Ceterum memini me...*). Como Galeno, también él rompe con la tradición, pues ya no se trata del caso sucedido a un hombre, sino a dos mujeres, la última de las cuales identifica con todo lujo de detalles.

Cuenta dos casos de pérdida de la razón por culpa del amor protagonizados por dos chicas jóvenes, de buena familia, una de ellas de ascendencia judía:

Por lo demás, me acuerdo de que una joven noble en la región de Évora, en Portugal, se moría de amor por su amado y se volvió loca. También hace unos días la hija del mercader Benaheno, como su padre le comunicó que había sido desposada y luego en su lugar fue entregada en matrimonio la hermana, se volvió loca. Aún hoy también prosigue loca; ahora bien, esta muchacha nació solo con medio brazo derecho, con todos los demás miembros perfectos.

Amato desecha definitivamente la idea absurda, nacida de una denominación errónea, de que se trataba de algo que afectaba solo a los hombres, para asentar la idea de que no existe la enfermedad del amor como tal, pues ni siquiera la dota de nombre propio, sino solo los efectos del amor, que puede desembocar en locura sobrevenida en algunos pacientes, por lo demás, fisiológicamente sanos y jóvenes. En tres ocasiones el sintagma latino empleado por Amato es *in insaniam devenire*.

2.3. El caso 5.84: un monje se suicida por amor no correspondido

Muy distinto sesgo tiene la historia narrada en la quinta centuria (5.84); Amato ha cambiado de residencia, ya no se encuentra en Ancona, y, como consecuencia de nuevas persecuciones de la Iglesia, está en Pesaro, ciudad que abandonará en 1556 para instalarse en Ragusa. Esta vez sí tenemos protagonista, localización y fecha precisos en la narración

del caso titulado *de quodam monacho, qui amore cuiusdam puellae captus, se ipsum veneno hausto interemit* (“de cierto monje, que, preso de amor por una muchacha, se suicidó tras beber un veneno”):

Paulus, monachus ex ordine cruciferorum, iuvenis viginti annorum et ex Aquila oriundus, Pisauri apud Coenobium Sancti Spiritus cum ageret, puellam nomine Catharinam Ariminensem, et filiam forte hortulani horti monachorum curam habentis, amare coepit. Quam successu temporis ita impatienter amabat et deperiebat, ut saepe puellam in uxorem ducere, cum eaque repudiata cuculla et monachali voto ad Germanos confugere promitteret, unde, flexis genibus, eam non raro ita orabat ut illius misereretur, ut, nisi eius votis et precibus annueret, aut maerore se moriturum aut sese interfectorum asseveraret.

Porro monachus hic, puellae huius amore ita deflagravit ut, eam cum iam in amorem suum trahi non posse persentiret, animum desponderit. Clam enim ex officina pharmacopolia emptum vitriolum deglutivit, a quo exhausto, male habere monachus coepit, ita ut ventriculi erosiones et vomitum et secessum devenerit, ad haec linguae nigredinem et ipsius crassitiem. Demum, symptomatis auctis et prostratis viribus, rem aliis patefecit monachis, sed accersiti ad eum medici brevi ipsum deploratum reliquerunt, et merito, cum eo die vitam cum morte commutaverit et amoris bonus monachus poenas luerit.

Pisauri haec evenere, quinto die Mensis Februarii 1556.

(Paulo, monje de la orden de los Crucíferos, un joven de veinte años y oriundo de Aquila, mientras profesaba en el convento del Espíritu Santo en Pésaro, se enamoró de una muchacha llamada Catalina de Rímini, casualmente la hija del hortelano que se ocupaba del huerto de los monjes. Con el paso del tiempo, estaba tan perdidamente enamorado que le prometía a menudo que iba a casarse con ella y que, tras deponer los hábitos y sus votos monacales, iban a fugarse juntos a Germania, y a partir de ahí, de rodillas, no dejaba de rogarle que se apiadara de él, le aseguraba que, si no le daba el consentimiento a sus ruegos y súplicas, se moriría de pena o se mataría.

Cuando se dio cuenta de que no podía atraerla a su amor, este monje se consumió de tal modo por el amor de la muchacha que se desesperó. Así que, a escondidas, tomó vitriolo comprado en la farmacia, y, después de ingerirlo, empezó a encontrarse mal, de manera que acabó con erosiones de vientre, vómito y descomposición, a los que se sumaron el color negro y el engordamiento de la lengua. Cuando finalmente aumentaron los síntomas y le abandonaron las fuerzas, el suceso se reveló ante los otros monjes, pero los médicos a los que hicieron llamar lo dieron por perdido en breve, y con razón, pues el mismo día cambió la vida por la muerte y el bueno del monje expió las penas de su amor.

Esto sucedió en Pésaro, el quinto día del mes de febrero de 1556).

No hay curación, evidentemente, pero en los relatos anteriores tampoco llega a haberla, ni siquiera parece que haya un paciente tratado por nuestro médico, a diferencia del caso del joven judío que se coló en la alcoba de la muchacha. Aquí no hay escolio ni

comentario posible. Solo cabe preguntarse si firmaría Amato el certificado de defunción del pobre muchacho, avisado por las autoridades, como todo parece indicar.

En este relato los términos usados para describir la pasión nos recuerdan a los poetas: *maeror, deflagrare, amoris poenas luere*. Se percibe una prosa más elaborada desde el punto de vista literario, con algunas construcciones bimembres que confieren un cuidado retórico al texto y algunas imágenes propias de los tópicos del amor: *amabat et deperiebat, votis et precibus, orabat ut illius misereretur, flexis genibus*.

Como sucede en otras ocasiones, el caso debe ser leído entre líneas, y Amato deja al lector que saque sus conclusiones. Solo los términos de la narración nos permiten adivinar cierta empatía de nuestro médico con el actor principal de la historia, el joven Paulo, el *bonus monachus*. En este sentido, el hecho de que el joven fuera monje es fundamental, pues no es la primera vez que Amato critica el encierro en conventos al que se veían sometidos, probablemente en contra de su voluntad, muchos jóvenes de la época. Por ejemplo, en el caso 97 de la sexta centuria, Amato cuenta la historia de una monja que padecía de furor uterino, como consecuencia clara de la castidad impuesta por su circunstancia. Dice Amato que la joven se mostraba “inquieta e iracunda, sobre todo contra sus padres, que la habían metido en aquella cárcel”. Y aprovecha para insertar allí mismo otro caso parecido, más reciente, de otra joven ragusina, noble y hermosa, de apenas veinte años, también consumida y afligida en su retiro monacal (Martín et al., 2021).

No es extraño, por tanto, que estas historias fueran objeto de censura. A partir de 1581 Amato ya figura en los índices de la Inquisición y por eso es habitual encontrar ejemplares de la obra censurados en mayor o menor medida (Front, 2001: 292), sobre todo en los más usados y especialmente en aquellos que circularon por España (Front, 1998: 524). Hay ejemplos de varios tipos de expurgación, pero lo habitual es que se supriman en los textos o se modifiquen oportunamente, en sucesivas ediciones, pasajes en los que se cuentan casos poco edificantes referidos a hombres y mujeres de la Iglesia. El suicidio por amor no correspondido, que ahora nos ocupa, tampoco se libró de la purga y en algunos de los ejemplares que hemos manejado ha sido emborronado por completo (casi todos los de la edición de Lion de 1564 y de la de Burdeos de 1620). Llega al colmo la edición de Barcelona de 1628, en la que se ha sustituido este caso por otro que, evidentemente, ya no pertenece a Amato, ni por la fecha ni por la localización del suceso. Se sitúa en Barcelona, el 30 de diciembre de 1627 y refiere la *curatio* de una joven monja que aquejada de vómitos dejó de comer y padecía de fiebre continua. La técnica de curar oculta el arte de narrar lo que no se podía contar.

3. Conclusiones

Amato se suma con estas historias a las teorías médicas de Galeno, Pablo de Egina y Avicena, que no distinguieron como tal una “enfermedad del amor”, ni siquiera por el nombre, sino que describieron y descubrieron los efectos del amor en determinados pacientes, más bien llamados *amantes*.

Según las fuentes, la naturaleza psíquica de la afección aconseja tratamientos de la conducta que no siempre son posibles, por diferentes circunstancias, de ahí que Amato no se pronuncie al respecto en los casos que aporta de su propia experiencia. Realmente solo ha tratado como paciente a uno de ellos, y lo ha hecho siguiendo la tradición de contar al amor entre las predisposiciones melancólicas de los individuos; por eso prescribe al joven hebreo una dieta adecuada para contrarrestar el exceso de este humor, que podía verse favorecido por la alimentación judía. Pero, aunque en otras ocasiones sí lo hace, Amato no concede mayor importancia a este dato tratándose del amor.

Sea como fuere, parece que nuestro médico no confiaba mucho en el resultado de la dieta ni del jarabe ni de la purga con píldoras que no llegó a probar el muchacho. Antes de finalizar el tratamiento, la paliza que posiblemente recibió y su paso por la cárcel obraron la ‘cura’ y no se volvió loco de amor. En cambio ¿cómo podía curarse una joven repudiada por tener un defecto físico? Y ¿cómo podía curarse un joven, acaso rechazado por deberse a sus votos y a su convento? De los amores trágicos se nutre la literatura y ante ellos se rinde la prosa del médico.

Independientemente de la naturaleza de cada cual, la experiencia del Lusitano es que el amor afecta por igual a hombres y mujeres, pero sobre todo a una edad, la juventud, que actúa como ‘factor de riesgo’. El peligro que corre el amante es perder la razón (*in insaniam devenire*) cuando se desatan los sentimientos, y más cuando el amor no es correspondido. Entonces, aunque los doctores trabajen sin cesar, no van a encontrar remedio posible, porque, según los poetas, de Quevedo a Leonard Cohen, y Amato lo habría suscrito, “no hay cura para el amor”⁷.

⁷ Curiosamente, el tema del compositor canadiense se titula *Ain't no cure for love* y se incluyó en el álbum *I'm your man* (1988).

Referencias

Fuentes primarias

Amato Lusitano (2025). *Centuria primera de casos clínicos*, ed. y trad. M.Á. González Manjarrés. Brépols.

Amato Lusitano (2025). *Centuria segunda de casos clínicos*, ed. y trad. A.I. Martín Ferreira, V. Recio Muñoz y C. de la Rosa Cubo. Brépols. (en prensa).

Amato Lusitano (2025). *Centuria tercera de casos clínicos*, ed. y trad. M.J. Pérez Ibáñez. Brépols. (en prensa).

Amato Lusitano (1566). *Curationum medicinalium tomus secundus, continens centurias tres, quintam videlicet, sextam ac septimam non antea impressam*. V. Valgrisi.

Avicena (1527). *Avicenne Liber Canonis medicine cum castigationibus Andreae Bellunensis <translatus a magistro Gerardo Cremonensi in Toletum ab Arabico in Latinum>*. In edibus Luce Antonii Iunta Florentini.

Egina, Pablo de (1532). *Pauli Aeginetae opus de re medica, nunc primum Latinitate donatum per Ioannem Guinterium Andernacum*. S. Colinaeus.

Galeno. *Claudii Galeni opera omnia*, 20 vols., ed. K.G. Kühn (1964-1975=1821-1833). Georg Olms.

Quevedo, Francisco de (1985). *Poesía varia*, ed. J.O. Crosby. Cátedra.

Villanova, Arnaldo de (1985). *Tractatu de amore heroico. Epistola de dosi tryacalium medicinalium*, ed. M.R. McVaugh. En *Opera medica omnia*, III. Universitat de Barcelona.

Zacuto Lusitano (1667). *Praxis Historiarum*. En *Operum tomus posterior*. Jean Antoine Huetan y Guillaume Barbier.

Fuentes secundarias

Blanco Pérez, J.I. (2001). Cronología de Amato Lusitano y Bibliografía. En M.A. González Manjarrés (ed.). *Praxi theoremata coniugamus. Amato Lusitano y la medicina de su tiempo* (pp. 287-336). Guillermo Escolar Editor.

Ciavolella, M. (1976). *La "malattia d'amore" dall'Antichità al Medio Evo*. Bulzoni.

Cohen, L. (1988). Ain't no cure for love [Canción]. En *I'm your man*. Columbia.

DILAGE (2018). *Dictionarium Latinum Andrologiae, Gynecologiae et Embryologiae | Diccionario Latino de Andrología, Ginecología y Embriología. Ab Antiquitate usque ad*

XVI saeculum | Desde la Antigüedad hasta el siglo XVI. E. Montero y M. Á. González (eds.). FIDEM-Brepols.

Front, D. (1998). The Expurgation of the Books of Amatus Lusitanus. *The Book Collector*, 47.4, 520-536.

Front, D. (2001). The Expurgation of Medical Books in Sixteenth-Century Spain. *Bulletin of the History of Medicine*, 75.2, 290-296.

Lacarra, E. (2015). El “amor que dicen hereos” o *aegritudo amoris*. *Cahiers d'études hispaniques médiévales*, 38, 29-44.

López Férez, J.A. (2020). Presencia de Eros en Galeno. En J.A. López Férez (ed.). *Eros en la literatura griega* (pp. 727-748). Ediciones Clásicas.

Martín Ferreira, A.I., Recio Muñoz, V. y Rosa Cubo, C. de la (2021). La satiriasis femenina en Amato Lusitano (a propósito de la *curatio* 6.97). *Ágora. Estudos Clássicos em Debate*, 23.1, 169-196.

Morros, B. (1999). La difusión de un diagnóstico de amor desde la Antigüedad a la Época Moderna. *Boletín de la Real Academia Española*, 79.276, 93-150.

Nardi, B. (1959). L'amore e i medici medievali. En *Studi in onori di Angelo Monteverdi*, II (517-542), Società Tipografica Editrice Modenense.

Wack, M. F. (1990). *Lovesickness in the Middle Age. The Viaticum and its Commentaries*. University of Pennsylvania Press.